

PERIÓDICO SATÍRICO DE CIENCIAS MÉDICAS.

Se suscribe en Madrid librería de Manó, de Cuesta y Villa; en provincias en las principales librerías y en las subdelegaciones de Medicina y Farmacia. También se hacen por medio de libranzas de correos, dirigidos FRANCAS DE PORTE al administrador de la LINTERNA, calle de los Estudios, número 9, cuarto principal.

REVISTA A LOS REMEDIOS DE MIL COLORES, CON QUE SE VISTO EL CENTINELA DE LA HOMEOPATÍA, EL DÍA 4.º DE MARZO DE 1851.

Estamos en carnaval (1) y en esta época es preciso a todo el mundo divertirse y gastar el tiempo, ya en cosas fáciles como el ver las máscaras, ya en leer las coplas de *Celános*; la *Matraca del Estudiante* ó el *Centinela de la Homeopatía*. Nuestros lectores llevarán á mal que hayamos empleado un tiempo precioso en divertirnos con una quística tan repugnante como esta Centinela; pero como se había puesto de chaleco blanco imitando al sacristán; como arrastraba un piñazo de solana, que los lucayocentinelas de sus derechos recojeron al tiempo que su amo lo arrojó á la puerta de la inmundicia, como en la mano derecha traía una muleta que un señor Torres sin iglesias le había prestado, para sostenerse en los trapicos y lampenones que iba dando á causa sin duda del líquido que había absorbido, de un titililo que contenía una nota que traía debajo del sobaco, regalo que le hizo un tal Tejero: como se había armado de sombrero calandés, de dos caretas, propiedad de un tal Vátero é Iturralde, y otros arrumacos por este estilo, resultando de todo esto atavío un mamarracho arlequinado, que ebria de... coraje, venía gritando desahogado por las calles, pronunciando simpatías desvergonzadas, dando alaridos descómputos, y rascándose los cardenales que ostentaba su asqueroso y repugnante cuerpo, mal vestido con prendas prestadas, en las que había remendos de mil colores; abriendo la puerta de nuestra casa, acogiéndole con una cariñosa sonrisa, á que el lagarto no quería responder.—Ven aquí mocito mal criado, ven aquí y no te pongas tan uraño con quien te se muestra tan complaciente, le dijimos; pero él saltando un erupción asquerosa nos manifestó que aquella simulada brabura era hija del compañero que tenía dentro del cuerpo, y que por las señas parecía ser mas espírituoso que los espírituosos medicamentos homeopáticos. Compadecemos el estado en que se encontraba; pero nuestra pícara indole propensa siempre á reírse de lo que debiera causarnos compasión, nos incitó á aprovecharnos de aquel momento que el Centinela nos presentaba, y nos dispusimos á reír con las ocurrencias que tuviera. Asegurámonos en esta suposición, diciendo: «la fuerza de los contrastes producirá el efecto:» el Centinela cuando intenta ser gracioso, ni aun para payaso de pastores y sacristanes sirve, pues quien sabe, si en su brabura espírituosa encontraremos el ridículo suficiente para oscilar nuestra hilaridad? Y en efecto, pinchámosle varias veces en las partes mas delicadas de su cuerpo, y al punto puso una cara de ranchero feroz, que furioso porque ha cobrado el prest y manducado el rancho, no quiere sufrir que el cabo le aseste la vara en sus mugrientos hombros. Nosotros, cada vez mas crueles le aplicamos nuevos cáusticos que no tenían nada de homeopáticos, y aquí fue Troya; arrojó el sombrero,

medio recorrió una de las caretas, y con un tono enfáticamente estravagante exclamó:

Centinela. Yo no defiendo intereses de clase, eso es una cosa mezquina.

Nosotros. Ya lo sabemos: tu defiendes, aunque con cobardía la persona del amo, y en esto eres agradecido al pan que comes, y á los latigazos que te sacude; tú estienes la vista á un horizonte limitado, de modo que despues de defender á tu amo y de atrapar el aguinaldo que te da, á lo mas que aspirarías sería á defender (homeopáticamente) á la caudilla de los once, ó sea á la falange del sacristán.

Centinela. Yo no quiero que haya farmacéuticos, porque nosotros llevamos los medicamentos en el bolsillo: ni se necesitan cirujanos, ni médicos, porque nosotros lo hacemos todo y nosotros por lo tanto debemos cobrar por todos.

Nosotros. Es verdad: vosotros sois tan médicos y tan cirujanos como farmacéuticos.

Centinela. Nosotros curamos á todos los enfermos de alguna gravedad, que tomamos á nuestro cuidado.

Nosotros. Es corriente: ya de nada se quejan ni Lupiani, ni la señorita Santin de Quesedo, ni la señorita Ferrada, la de la plazuela de Santa Catalina de los Bonados, ni los brigadieres Paniagua y Mondejar, ni la esposa de Tejero etc. etc. etc.

Centinela. Repténsese las parroquias y no hallarán en ellas una certificación de difunto dada por nuestro amo el Señor Nuñez.

Nosotros. Es claro: en todo se ve la moralidad y buena fe: los burros de alquiler deben llevar pulos y carga: el amo lleva y hace bien la bara, con la que hace entrar en carril á los rucios que se separan del camino.

A este tiempo pasaba por la calle una comparsa de máscaras, y nos pareció conocer las voces de los doctores Fernandez del Río y Alvarez, que decían, pido la palabra para una alusión personal. Nos asomamos al balcón y nos quedamos con la duda de quienes serían los que gritaban, porque eran diez los enmascarados y no trataron de descubrirse: cada cual llevaba en el sombrero un rótulo que decía: *Editor responsable.* Despues arrojaron unos puñados de confites menuditos y uno de ellos decía en tono de solfa, «esta es la siembra del oro: la semilla festá arrojada, nosotros recogeremos sus frutos.» Separámonos del balcón y volvimos á entablar el interrumpido coloquio con nuestro Centinela.

Nosotros. Ya te escuchamos, prosigue, que hoy tienes chispa y estás graciosísimo.

Centinela. La *Linterna Médica* se ha echado encima una nota de baldon y de ignominia por combatir á los homeopatas y sostener que las leyes se deben de respetar, que los derechos de las clases no deben ser propiedad de los intrusos, y por llamar la atención de las autoridades para que castigue á los que dan por sí á los enfermos los globulillos homeopáticos.

Nosotros. Para evitar á la salud pública el que los necios ó los mal intencionados no abusen de la

confianza de las familias á quienes pueden matar no atajando las enfermedades, ó dándolas impunemente tóxicos que envenenen á los enfermos.

Centinela. ¡Dejar morir, envenenar! Buena es esa: el señor Nuñez donde entra, arrasa... la enfermedad y barre los rincones y escondites de las comodidades y las habitaciones de los pestilentes vapores que producen las enfermedades, dejándolas limpias de enfermos....

Nosotros. No prosigas: ya conocemos al Sr. Nuñez, y sabemos que...

Centinela. (Aquí su furor subió de punto: su rostro se puso amoratado, sus labios lívidos, y despidiendo espuma por la boca exclamó) ¡El Excelentísimo Sr. Nuñez! ¡Descubrios lintneros y postros ante la amarillenta figura de nuestro ídolo: quien de vosotros se atreverá á sostener el fuego de su mirada? El Sr. Nuñez que entro en la cámara real y salió... (1) El que puso condiciones en palacio (2)... él que hizo lo que no hacen los mas caudales! Sois nos estúpidos en tocar á la dignidad, al decoro, al talento del Sr. Nuñez! «La envidia es la que os impulsa á ello.» El señor Nuñez tiene coraza, y vuestros dientes de vígora no pueden tocarle (3). No sabéis qué los mas sabios entre los sabios, los primeros escritores entre los publicistas, los primeros nobles entre la nobleza, los mas ricos entre los banqueros, los mas instruidos y virtuosos entre los prelados de la iglesia, los mas valientes entre los generales (4) los hombres mas eminentes en fin que encierra en su seno la capital del reino, dispensan sincera amistad al Sr. Nuñez (5) y tributan homenaje á su talento (6) privilegiado, reconociéndole como el primer médico (7) de la época? Ignoran por ventura que mucho antes de recibir ese diploma que le confunde entre los demás médicos (8), el tribunal de la opinion pública (9), que es antes que todos los tribunales del mundo (10), habia concedido á su talento de primer orden (11) y á su acierto privilegiado, no solamente el título de médico, sino del primer médico de España? (12) Quién de vosotros correrá lo que el ha corrido? Quién se podrá gloriarse de llegar como el Sr. Nuñez, á donde él ha llegado? Quién despues de estas y las otras y

(1) Aquel quisimos interrumpirle diciéndole que el trono y las reales personas estaban mas altas que el señor exclamado, y que no era permitido traerles á su grosera conversacion. Atendidos el estado en que el Centinela se encontraba, y al día que era, conocemos que hay causas abundantes para que se le dispense un lapso mas de lengua, á quien tiene ya tantos anteriores. Compadecemosle!

(2) Dado: esa chispa ya es muy pesada y puede costarle á V. caro. Cuantos por menos estan en donde V. ya me entienden.

(3) La coraza sera la que le forman los cirineos que tiene á su servicio.

(4) Faciosos ó isabelinos?

(5) Como hacen con los toreros y pleadores algunos hombres notables.

(6) De nigromante.

(7) Entre los medicos por favor y por intriga.

(8) Eso es lo que nosotros sentimos, que el título de doctor le confunde con los medicos de carrera, de ciencia y de moral medicos.

(9) Como el que forma la Esperanza que en esto de medicina es un portento.

(10) De donde sera la opinion pública sino es del mundo? Muy mala, muy peor, se va poniendo esta cabeza.

(11) Un Moisés, un Salomón.

(12) Si el Centinela no se hubiera hallado en tan mal estado habríamos creído que el Sr. Nuñez habia salido como San Ramon Nonato, inspirado del vientro de su madre.

las demás razones tan frescas, contundentes y churri-guerescas, no conoce que la envidia y las bajas pasiones son las que ponen la pluma en la mano á los linterneros, con el objeto de infamar al seráfico y reluciente gofe de la homeopatía? Al llegar aquí, sus piernas se tambalearon, dió dos traspies y á pesar de la muleta de las Torres, el Centinela de la sociali-da dió con su cuerpo en tierra y solo dijo, no puedo proseguir: el sermón que tenía estudiado, lo suspendo por hoy, ahí os dejo esos retazos de papel, leed-los y en ellos encontrareis lo que ha salido de cabezas tan redondas como son las del amo y los lacayos.

Llamamos á dos mozos de cordel y mandamos que le llevasen á una casa de la calle de Atocha en donde un prójimo casi elestástico se encargó de lavarle la cara, y hacerle arrojar el líquido que le sobraba en el cuerpo.

Después que nos quedamos solos dijimos: qué se va á contestar á una persona que en tal estado se halla? Nada, compadecemosla que es lo que nos prescribe la religión cristiana: pero y este papel que contiene tanto desatino, tanta impudencia, tanto cinismo, le dejaremos sin contestación? He aquí nuestro compromiso: si aquel papel se había escrito en el estado de espírituoso arrobamiento en que el Centinela se hallaba cuando se entró por nuestras puertas, contestarle era gastar pólvora en salvas: pero el papelucho estaba impreso, por que hoy se imprime hasta el Centinela, y dijimos, es justo ser galantes y no descortes. Con conciencia de lo que decimos, sin ira ni pasión, y con la sonrisa en los labios contestaremos pues al Centinela, y en el hecho de dedicarle algunos parrufitos, suponemos que debe quedar agradecido á la distinción que le hacemos.

Que el Centinela es lego en ciencias médicas, lego en literatura, lego en buenas partidas, lego en finura, etc. ni él se extrañará de que lo confesemos, ni tendrá pretensiones (eso sería mucha audacia) de sostener lo contrario, porque sería querer que comulgáramos con ruedas de molino. Que el Centinela como digno hijo del Duende, como redactado por las mismas personas que esto, siguiendo el mismo camino sin aprender ni enmendarse tiene en sí cuanto malo se puede encontrar en un periódico de mal género, eso está reconocido y sancionado no solo por los que pertenecen á la verdadera medicina, sino por los mismos afiliados á la bandera de Hantheman los cuales no serán sospechosos para los de la sociedad de los once. Y como nosotros no soltamos prendas en valde, nos atendremos á la prueba para ir aplicando al Duende-Centinela las cualidades que le distinguen.

El joven homeópata don Ricardo Lopez Arcilla, persona muy apreciable, muy modesta, muy pundonorosa y de talento nada vulgar, avergonzado de ver el contenido del famoso Duende, publicó una epístola en prosa y verso en que decía que con la aparición del Duende había llegado á su colmo la inmoralidad, la infamia y la anarquía.

El Duende y sus redactores convencidos sin duda de la verdad de esta aserción, no contestaron una palabra á esto, ni trataron de revindicarse de tales calificaciones. El Centinela ha dicho que responde de todo lo que dijo el Duende: el Centinela está escrito por los mismos redactores, luego el Duende, el Centinela y sus redactores quedan con el San Benito que les aplicó el señor Arcilla. Dijo además que había que defender la ciencia no solo de las mezquinas pasiones de los hombres, sino también de los inmundos intereses de cuantos raquíticos y desvergonzados Duendes habitasen en cuevas, etc.—Que el periódico estaba escrito con plumas de ganso, que los que escribían deshonraban el nombre de homeópatas.—Que denigraban la ciencia, y nombres venerandos.—Llamó al Duende, procáz y blasfemo.—Donominó sus cuadros vivos mamarruchos pintados con brocha gorda, y á los que los emborrachaban, intrusos y charlatanes que posponían el lustre de la profesión y la salud pública á sus mezquinos y particulares intereses.

El homeópata don Pio Hernandez, el único que en España se ha lanzado á explicar públicamente los fundamentos de la homeopatía, el que tiene entre todos ellos mas títulos al aprecio público, el que es mas considerado por su compostura, por su aplicación, y de quien sin temor de equivocarnos se puede decir, que si sigue el camino del error, no es por mala fé, por deseo de lucro, ni por especulación, esto

ha dicho públicamente que el Centinela lo rechazaba todo homeópata sensato, que los que le escriben son incompetentes en la doctrina, que tienen una arrogancia estúpida, y que sus principales títulos están fundados en haberse convertido en ridiculos adula-doles del doctor francés. De otro de los redactores del tal papelito, dice que se ha pasado á las filas del bando del doctor sin estudios, porque es el que mas produce, y lo prueba la notoria inconsecuencia en que ha incurrido. Es decir que se ha ido al sol que mas calienta. Finalmente dice que los redactores del Centinela son meros sectarios de espíritu de bandería, que escitan las pasiones, y aparecen (como lo que son) defensores del abuso. Los del Centinela son hombres, que cuando esto se tragan, deben estar convencidos de la verdad de tales calificaciones, y contestan con su conducta aquello de tomemos pan y llamados tontos.

Los de la comunión homeopática han lanzado al rostro de los redactores del Centinela y Duende, los adjetivos mas denigrantes, mas deshonrosos, mas despreciables que se conocen en nuestro idioma. Y es de suponer que si no han añadido alguno mas, ha sido porque la imprenta tiene ciertos limites, que á ninguno es dado traspasar. Y cómo los han rechazado esos hombres? Los han apadrinado con el silencio, los han justificado con su conducta: en una palabra, han cargado con su pública deshonra, con la pública inhabilitación.

Hasta aquí lo que atañe á lo manifestado por los mismos homeópatas: parecerá que nada mas podremos añadir de los «duendes-centinelas», y sin embargo, lo que falta, es suficiente para formar un digno concepto de tales seres.

Los redactores del Duende que hoy son los del Centinela, buscaron un hombre nulo y vulgar que hiciese del testafierro para responder de las injurias que aquel periódico hizo á clases y personas: el verdadero director del Duende ni apareció nunca como escritor, ni como caballero: los redactores del Centinela que dijeron ser responsables de todo lo que había dicho y hecho el Duende, fueron provocados á un caso de honra por un periódico facultativo, el Restaurador farmacéutico, y no respondieron en ningún terreno á aquella invitación. Con su silencio confirmaron cuanto el Restaurador dejó espuesto.

El Duende (núm. 3.º) dijo que protestaba solemnemente, que ni la sociedad hanthemaniana, ni ninguno de los individuos inscritos en esta sociedad, inspiraba al Duende sus ideas buenas ó malas: es así que los redactores públicamente conocidos del Duende-Centinela son de esa sociedad, luego mintieron, y sus protestas solemnes no son sino... califolietas el Centinela.

El señor Codorniu, uno de nuestros médicos mas notables por su saber, su posición, y sus honrosos antecedentes, ha dicho á los redactores del Centinela que si son hombres de honor (1) y no quieren aparecer como «viles calumniadores» estan en la obligación de publicar el nombre de la señora, que decían había él tratado homeopáticamente, los pormenores del tratamiento etc., nada han dicho, nada han contestado: ni aun han cumplido con lo que la ley ordena: luego los redactores del Centinela, cargan y aceptan con las calificaciones que les dedica el señor Codorniu.

Por todo lo espuesto, decimos que el «Centinela de la homeopatía» no merece contestación de ningún periódico que se estime en algo, y que si hoy se la damos nosotros, es para representarle tal cual es ante el público: todo lo que aparece en el Centinela es y debe ser tenido por despreciable, inmundo; y sus redactores, mientras no se revindiquen ante la opinión pública, no obtendrán de los de la Linterna ni consideración como escritores, no como caballeros.

La Linterna vé impresas en la frente de los redactores del Centinela las calificaciones que personas dignas les han aplicado, y por lo tanto ni aun intenta rebatir cuanto de absurdo, torpe, grosero y denigrante contiene el núm. 9.º del Centinela, porque todo está desautorizado, cuando en él aparece impreso.

(1) Y esto se lo ha dicho un hombre anciano lleno de consideraciones y de méritos.

LA SOCIEDAD DE LOS ONCE.

Ya tendrán noticias nuestros lectores, y si no las tienen se las queremos dar nosotros, de una sociedad de jóvenes disipados y calaveras, cuyo objeto era burlar á los maridos, engañar á las mujeres y llenar de amargura y desconsuelo la ancianidad de los padres de familia. Esta sociedad llevaba el nombre de la *Sociedad de los trece*; para pertenecer á ella, se necesitaban méritos de una vida licenciosa y relajada, y haber ahogado el grito de la conciencia [entre los brindis de las orgías].

Hecha esta sucinta reseña de la *Sociedad de los trece*, vamos á ocuparnos ahora de otra mas moderna, que se compone de médicos homeópatas y á la que deberemos llamar como en el epigrafe de este artículo queda dicho, *La sociedad de los once*.

Así como los frailes, habían formado una docena especial y mayor que la nuestra, puesto que se componía del número trece, á cuyo número se le llama vulgarmente la docena del fraile, los homeópatas que en lo esclusivistas y pediguños son mucho peor que eran los frailes, quieren también tener su docena especial, y han elegido para ello el número once, formando de este modo una docena homeopática tan incompleta como su sistema.

Esta docena homeopática, ó sea la *sociedad de los once*, tiene un periódico que redactado por sus individuos habla de curaciones maravillosas, inventadas con tanto aplomo y cinismo, que cualquiera las juzgaría verdaderas si el luto de que van cubiertas muchas familias no demostrara lo contrario. Para pertenecer á la *sociedad de los once*, se necesitan los requisitos que á continuación se expresan, sin los cuales es imposible hacer fortuna.

- Requisitos=1.º Faltas de ciencia.
Id. 2.º Sobra de atrevimiento.
Id. 3.º Faltas de... pudor causa decirlo.
Id. 4.º Sobra de irascibilidad.
Id. 5.º Faltas de conciencia.
Id. 6.º y último. Amar al oro sobre todas las cosas.

Todos los individuos de la *Sociedad de los once*, se hallan adornados de estas cualidades morales, de modo que las flechas de la justicia y de la razón, van á embotarse en la coraza de su impudencia.

Todo lo que no pertenezca á su comunidad es malo: todo lo que tienda á poner de manifiesto su vil codicia es desvergonzado: ellos solamente son los hombres de ciencia, de rectitud y de desprendimiento.

Cada individuo de la *sociedad de los once* es una trompetilla comprada por el sacristán para que publique su *homeopática fama*. Todos trabajan á porfía, para fundar un pedestal donde colocar á su idolo, á su divino gofe, á su amo, como si digáramos, y esclaman con el tono enfático de la adulación, que su amo no hace genuflexiones... ¡Genuflexiones el señor Nuñez! ¡Sacratagio! ¡profanación! ¡Genuflexiones el señor Nuñez! Esta admiración nos anonada. ¡Genuflexiones el señor Nuñez! Esta dignidad nos espachurra! ¡Genuflexiones el señor Nuñez! Esta hinchazón homeopática, es tan ridicula como los redactores del *Centinela*. Hablan estos monacillos de dignidad, de decoro y de talento, ellos que no tienen la primera cualidad, que siempre desconocieron la segunda, y á quienes negó Dios la tercera. Hablan de envidia, ellos que la tienen por alimento: y pretenden hacerse superiores, sin duda porque ignoran que de este modo se ponen en caricatura.

¡¡¡Genuflexiones el señor Nuñez!!!

No lo lleveis tan á mal: si no hace genuflexiones será á elefante igual, porque como este animal no tendrá articulaciones.

EL SACRISTAN Y LA ESPERANZA (PERIÓDICO).

Al perfumado bufete de la *Esperanza* erudita, azorado y descompuesto llegó el Sacristán un día: se desploma en un sitial, en reflexiones se abisma, pone la mano en la frente y rompe en aquesta guisa.

Sacr.

Corrido estoy, vive Dios, se eclipsó mi buena estrella, ni aun queda quien mi querella señora, oiga mas que vos.

Me asestó la alopatía sus disparos tan ciertos, que busqué mil asideros por salvar la homeopatía.

Fue en vano, voto á San Gil, que la falange asesina de esa rancia medicina me estrechó de modos mil.

Yo en ataque tan cruento apelé á mi astuta táctica, y en el campo de la práctica

elegí atrincheramiento:

Mas la *Linterna* diabólica allí alumbró, y en dos trises, dió al traste con los anises y su virtud hipervólica:

A todo el mundo alborota, y abre en mi gote gran brecha; no lo dudeis, de esta hecha segura es nuestra derrota.

Esper. Muy escaso estais pardiéz en la ciencia cabalística:

Sacr. Qué he de hacer?

Esper. Una estadística.

Sacr. Os comprendo, mas tal vez saldremos cuadruplicados; y dirá esa turba insana, que fuimos á buscar lana y volvimos trasquilados.

Esper. Y vos á las defunciones que es lo que podeis tener? Teneis mulos de alquiler que den certificaciones de defuncion, de manera que direis muy engallado, el sacristan no ha matado ni aun un enfermo siquiera. Esta tecla....

Sacr. Era muy mona:

si señora, se tocó: qué tecla no toco yo para chupar la melona?

Pero esa tecla es ya en vano, desque que con carino tal esa *Linterna* infernal no me deja de la mano.

Y me asedia y martiriza y me sigue á donde voy, y aunque sabe lo que soy me sangra y me cauteriza.

Esper. Y tu gente?

Sacr. Es ignorante; se arrastra ante mí tambien, pero aunque la pago bien nunca me adula bastante.

Y para que entre en vereda tengo siempre, y esto es llano, el látigo en una mano y en la otra la moneda.

En fuerza de estos jaleos y de tanto teclear, he podido al fin contar con algunos cirineos.

Y al cabo hacen su servicio á la corta y á la larga, porque el ser burro de carga no es dificultoso oficio.

Esper. Para bien de los anises, no olvides, por que es muy malo, el darles bastante palo, mezclado con los monises.

Y tú sigue y apachuga con el similia adelante, sin olvidar un instante, que entre col y col, lechaga.

Con esto y tu cara mística, nuestro sistema florece: pero yo sigo en mis trece, di que hagan esa estadística.

En ella cambiais los frenos dejando correr la pluma, y deducis en la suma mil enfermos mas ó menos.

Sacr. Y el total de los valores...?

Esper. Lo publica el *Centinela*.

Sacr. Señora, vos estais lela,

Esper. ¿si no hay veinte suscritores?

Es verdad: mas á fé mia, por esta vez, te prometo, que he de sacar del aprieto á la pobre homeopatía.

Deduce en guarismos claros, que bajan á los alisimos con los viejos aforismos, (no hay que andarse con reparos).

De cien enfermos noventa; cinco con los de Hahneman, segun los datos que dan las curas, segun tu cuenta:

Esto el *Centinela* cante vestido con mil primores, lo copio yo á mis lectores y va la farsa adelante.

Dirán que así comprometo mi buen nombre de erudita, que erigiéndome en pérta en mies agena me meto;

Que por servir á un querido sacrificio la verdad, que ataco á la humanidad, que ofendo al comun sentido;

Mas juguemos esta treta, que si hubiere un entredicho, podrá pasur por un dicho, dicho por una coqueta.

Mira que cercado estás, y que no te dejan mira: y donde todo es mentira, qué es una mentira mas?

Sacr. Acepto y seguid la cuenta

de la ciencia cabalística: pronto vereis la estadística que el *Centinela* presenta.

Y para salir de afanes y con bien de nuestra historia, haced una invitatoria á todos los sacristanes que á vuestro servicio están, para que con alma y vida apoyen la apetecida petición de un sacristan.

Que no lo tomen á escaso, y que aunque oigan que curamos á todos los que tratamos, que no se apuren por eso.

De esas frases en descargo decidles, si es menester, que del decir al hacer hay un camino muy largo.

Que tendrán muchas mas sisas, por que aquello de enterrar lo vamos á triplicar, y habrá respuestas y misas:

Que atiendan á mi demanda y á lo demas se hagan sordos, porque son pájaros gordos los que caen por mi banda.

Habrà (y esto no es extraño) si crece la homeopatía mas entierros en un día que del cólera en un año.

Con estas y otras razones dadas á los sacristanes, tuvo el sacristan al punto las fés de muerto al instante, él barajó las partidas, y barajó enfermedades, las dividió por parroquias, é hizo proporciones tales que su gente salió incólume de tantas adversidades. Ella tan solo es quien cura en la sociedad los males: lo demas es patarata, nadie una palabra sabe de curar á los que esperan la venida del potage, la sotana y las cogullas y frutas de sacristanes. Hasta aqui lo de estadística, lo demas vendrá mas tarde.

APOLOGIA DE LOS CIEGOS, (1)

6 LA

HOMEOPATO-MANIA, HISTORIA CRITICO MÉDICA POR EL DR. BARLO-VENTO, NATURAL DE CARGA GENTE. (2)

¡Loado sea Dios que tales cosas dispone! Miercoles de ceniza habia de ser el día en que nosotros recibiésemos el folleto en cuestion. En tales dias obras: cómo habíamos nosotros de suponer, que un mocito de la calaña del doctor Barlo-vento estuviese destinado á ponernos la ceniza en la frente, en el diágnosis que la religión dedica á esta ceremonia eclesiástica? y como suceder otra cosa? Los castigos siempre corresponden á las faltas, las satisfacciones á las ofensas: nosotros, pobres linterneros, que hemos cargado con la diabólica misión de colocar algunas figuras de retablo en el lugar que las corresponden: nosotros que hemos cometido la heresia de llamar por su nombre á esa riquísima señora llamada *Homeopatía*, que es muy buen consonante de heregia: nosotros que hemos perpetrado el horrendo crimen de atrevernos con unos pollos huecos, *grajitos de alquiler*, con unos pretendientes del doctor francés, á quien continuamente dan con el incensario en los hocicos: nosotros que ni tememos, ni do- bemos. cómo habíamos de estar libres de las penas á que nos hemos hecho acreedores por nuestras culpas? Dios castiga y sin palo, y el castigo llega cuando menos lo espera el pecador. Hubiéramos nosotros dejado brujulear á esas figuras de tapiz, que á manera de sabandijas penetran por los agujeros, y bu- llen y se revuelven y se esconden y vuelven á sacar su cabecita al sol, á la manera que el caracol saca su coronada calavera en cuanto pasan el aguacero y la tormenta: hubiéramoslas dejado brujulear, oliendo donde guisan, ó mejor olfateando donde hay oro sin dinamizar para cambiarlo por dinamizaciones espi- rituosas: hubiéramos respetado las catástrofes con que en cambio de cuatro duros por visita han obse- guiado á las familias de algunos valientes y desgra- ciados militares, que por respetar consideraciones sociales sucumbieron á manos de un nigromante, y su comparsa, que lo mismo barajan las doradas, que barajan los enfermos: hubiéramos callado aquello de la *moral médica*, de cuyas deducciones lo mismo puede suponer el público, que los enfermos fueron dejados morir por no atenderlos ni auxiliarlos con los verdaderos recursos que ofrece la medicina racion- nal, dándoles la nada en forma de globulitos aunque

(1) Vendese este folleto en la librería de Bailly-Baillière, Moirer, y Villa, á tres reales ejemplar.

(2) Loase Carrosgento, que es error de imprenta.

fuese en porciones de seis, de ocho ó mas por vez; lo mismo supone y debe suponer esto el público (re- petimos), que el que aquellos y otros enfermos á quienes el nigromante dá sin intervencion de ningun género los medicamentos que no sabemos como ni por quien fueron preparados, lo mismo decimos, que supone murieron por no ayudar su naturaleza, que porque tomaron sustancias tóxicas administradas torpemente y con buena intencion, ó dados con ma- la fé y con siniestros fines. Estas suposiciones fun- dadas en los hechos, en la razon, y en la lógica, han sabido á cuerno quemado á los *centinelas* á sueldo, ganado por alabanzas ó palabrotas dignas de los que las protieren. Para el que no sirve para otro oficio, bueno es este para ir medrando.

Hubiéramos dejado en paz á esos grajitos de la medicina, permitiéndoles morder con los dientes de la vívora y con la cobardo intencion de la raposa á reputaciones ganadas por medios honrosos, respeta- das por la ciencia, sancionadas por los años y con- solidadas por el estudio: hubiéramos dejado sin de- fensa las respetables profesiones médicas, ultrajadas en su dignidad, atacadas en su honra y en su crédito, mancilladas en lo mas noble y grande de su ins- titucion, y no nos hubiéramos encontrado con ese endiablado folleto del doctor Barlo-vento, que ho- meopato-maniaco furibundo dá en la gracia de so- tener la homeopatía, echando por tierra cuanto he- mos espuesto en nuestros números anteriores. Eso maldito doctor Barlo-vento, discípulo de Hahn- man viene ahora poniéndonos de manifiesto los mis- teriosos secretos, que el maestro formuló en aquel calendario de quo ya hemos hablado otras veces, y que solo se enseña á los de la raza pura. El doctor Barlo-vento se ha encargado espontáneamente de ser apologista de la homeopatía, de los homeopatas y de los homeopato-maniacos. Yá fuerde generosos é im- parciales debemos confesar que así como hubo un *Duende* y como hay un *Centinela*, escritos con plu- mas de avestruz, manchados con groseras sandeces dignas de las personas que las estampan ó las inspi- ran, con la falta de pudor, de.... que ostentan los redactorcitos de estos papeles de estraza, con la sim- plicia cínica de quien por pan se doblega á ser adula- dor de un curandero, á la cayo de un nigromante, á editor responsable de un sacristan renegado; así co- mo hay papeluchos que reunen esto y algo mas, así el folleto del doctor Barlo-vento contiene una sátira fina, está escrito con gracia y donosura, ni hiere el oido, ni repugna á la buena educacion, ni destroza la gramática, ni hace mas que ridicularizar los vicios que en la medicina quieren ser santificados por al- gunos que tienen tanto de médicos, como nosotros de homeopatas. La *Apologia de los ciegos* es un fol- leto que recomendamos á nuestros lectores, porque vivimos en la persuacion de que su lectura les sa- tisfará, y les proporcionará un momento de recreo. Empieza con una «dedicatoria á los vidriosos y re- lucientes reductores del *Centinela* de la homeopatía,» cuya dedicatoria concluye con esta especie de ovi- llejo.

Quién escribe con salero?

Valero.

Y quién se anuncia de valde?

Hurralde.

Y quién lo hace sin dinero?

Tejero.

Paco, Victor y Valero,

tres son, iguales á... cero:

Y quien por tres multiplica

á Victor, Paco y Valero,

el resultado le indica,

(si la cuenta no vá errada)

fuera de los nueve, cero,

fuera de los nueve, nada.

Sigue despues el artículo titulado *Al publico*, y nos tomamos la libertad de insertarlo íntegro, porque está escrito con tal filosofía, con tal convicción, que creemos conveniente lo conozcan nuestros numerosos suscritores. Dice así:

Erudimini qui iudicatis: aprendan antes, y aprendan bien, los que han de ser llama- dos á juzgar. (J. Hysera Filosofía médica reinante pág. 208.)

Estamos en un siglo descreído, en una sociedad atea, en un mundo que todo es realidad, y á pesar de todas estas pretensiones la mentira se engaña con el colorido de la verdad, las mentiras vistas se convierten en verdades acreditadas, y todo Madrid padece un vértigo de moda, una enfermedad terri- la *homeopato-mania*. Los grandes, los medianos, los pequeños, todos por una fatalidad incomprendible se han propuesto ser médicos, ser heraldos y trompetas de esta ó la otra curacion homeopática, de esta ó la otra desgracia médica: existe, pues, una *monomanía social*, una guerra civil entre la razon y la locura, entre la verdad y la mentira, entre el juicio y el entusiasmo, entre la filantropía y la avaricia, entre la ciencia y el charlatanismo, entre la realidad y la ilusion; pero guerra civil horrible, lamentable, peli- grosa y fatal, porque no es la voluntad quien la de- termina sino la necesidad, la moda, el temor, la es- peranza, todo cuanto hay de grande y generoso en el corazon humano, el deseo de gozar salud cuando nuestra existencia está amenazada. ¿Quién hay que padeciendo, que temiendo por su existencia no dé crédito á la esperanza y á las ilusiones que halagan

un porvenir venturoso? ¿Quién resistirá á la tentación de ensayar un método médico en el momento de la desesperación y desalucio de la ciencia? ¡Ah! sobra el cierto es que el amor de conservación, que las aficiones de nuestro corazón, que las esperanzas de nuestro porvenir deben determinarnos á ensayar todos los medios para evitar la muerte de una madre, de un padre, de un esposo, de una querida, de un hijo, de un amigo; pero ¡cuán triste es decirlo, qué horrible perspectiva la de una ciencia que especula sobre estos innatos sentimientos para erigir el edificio de su poder! Sí, una y mil veces, si cuando en vez de una enfermedad peligrosa y grave se presenta una débil y se acrece por el facultativo el mal, y se cura en corto tiempo cuando se esperaba una catástrofe, entonces ¡ah! entonces las mil trompetas gritan *salve medicina ilustre, salve médico ingenioso*, y el vulgo repite, *salve, salve... asinus, asinus fricat*. Si la enfermedad es peligrosa, si la ciencia manifestó con dolor, pero con cierta seguridad la insidiosa marcha y quizá el término funesto, la duda, la lucha, la oficiosidad hacen despedir al médico, y traen al homeópata que asegura, porque ya está hecho todo, la curación al enfermo, y si esto se salva, *salve, grita el vulgo, salve esclaman los necios y salve* repiten desde Atocha á Puencarral los homeópata-maniacos; pero si muere, si la ciencia ha vencido en el pronóstico; *era tarde*, dice el homeópata, *era tarde*, gritan los ilusionarios, *estaba envenenado*, esclaman en coro las víctimas y el embaucador. Pero vosotros, sabios improvisados, habéis visto algo, es por ventura vuestro oratorio el que se ha menester para fallar en este pleito, habéis visto y no sabéis que tenéis ojos y no veis, oídos y no escucháis, pues os falta al fin el *erudimini qui iudicatis*. Mas en valdo me enso, la Apología os lo explicará á las claras... soy de la grey de los creyentes, soy homeópata-maniaco, y quiero fundar vuestra manía en la ciencia del Lutero de la medicina, aunque como él dice en un folleto *la falta no es debida á mis verdades ni á las de Lutero* (1) sino á la ineptia de los que las escuchan.

Ea, amigos míos, mano á la obra; después de tanta lluvia de papeles sale este pobrecito á probar fortuna. El estilo es breve, y en pocas palabras dice mucho; repárese con cuidado porque no hay cláusula sin misterio: dice tal vez mucho en lo que calla: la variedad lo puede hacer agradable, pero los sucesos que manifiesta lo hacen en parte dolorido.

Quien lo escribe es un doctor y no mas, que sabe lo bastante para que no le engañen las alopáticas-fantasías. Le dedica á los ciegos turbados de la ambición. La licencia le da el tiempo: la aprobación es de la causa justa y de la buena fortuna de los sucesos: unos pliegos son no mas todo el trabajo, poco cuesta el leerlo y menos cuesta el dejarlo.

A Dios, pues, amado público, que si eres discreto conocerás que soy de la raza pura, alemán-sajón completo; hecho hahuemaniano por el desengaño que ofrece la experiencia, mentiras vistas y verdades acreditadas de don Juan de las Hebas, de quien he tomado un trozo y no pocos pensamientos, aunque por distinto estilo; con que así á volar, que bien se necesita si has de alcanzar el portón de tus pecados y la compasión de los alópatas... A Dios, pues, queridos míos.

Sigue otro titulado A LOS MEDICOS, que en nada desdice de los anteriores, continúa el de LA VIEJA Y LA JOVEN, acaso el más epigramático, el más chistoso; sigue el de EL PROFETA: aquí se revela la vida y milagros del fundador de la homeopatía, con otras cosas que hallará el curioso lector. Vá después LA INSPIRACION, que pinta la que Dios (nosotros nos hemos equivocado atribuyéndosela al demonio) puso en la mente de Hahneman, en cuyo artículo se encuentra este expresivo trozo.

Habla Samuel:

«Pero en donde tengo el partido hecho, añado con maliciosa sonrisa, es entre las señoras; ellas tan impresionables, tan delicadas, tan amigas de los maravillosos, tan timoratas para aplicarse remedios fuertes, tan pulcras para no mancharse con cataplasmas, tan seductoras y coquetuelas con sus males de nervios, ¡oh! qué cosecha de aplausos mujerieles me espera. Y si como no dudo, repitido con acento afirmativo, logro el favor de las mujeres, entonces ya no hay remedio, la homeopatía triunfará, pues basta estudiar á la mujer, para conocer su influjo en la propagación de una doctrina, porque como dice Legouve «el desvelo de la mujer por nosotros empieza con nuestra existencia» y de consiguiente nunca nos abandona su atractivo.»

Viene después el titulado DOCTRINA en el que con sus pelos y señales se explica la del sistema del famoso sajón: este artículo es de mucha consideración, de extraordinaria importancia, y escrito con mucha salística. No merece menos atención el que le sigue denominado PROPAGANDA HOMEOPÁTICA en el que se revelan los consejos ó mandamientos del sajón que transcribimos, para que nuestros lectores los conozcan.

—Escuchad, hijos míos, decía cuando yo estuve en París, los consejos que voy á daros, escuchad con el oído y no con la oreja, que no es lo mismo, por tener oídos seréis homeópatas; pero si solo tenéis ore-

jas seréis alópatas... Lo primero que debéis tener es fe homeopática, respeto sagrado á mis descubrimientos mirad mis obras como la expresión genuina de la experiencia pura, como el resultado de muchos años de estudio, de reflexión, de persecución encarnizada— aquí al buen viejo se le saltaron las lágrimas— si, hijos míos, de la persecución mas injusta... prestadme atención: lo segundo que debéis hacer es ser hipócritas, pintándome perseguido por la envidia y llamándome mártires de la libertad del pensamiento: lo tercero catequizar alguno de esos hombres de genio, que por la volubilidad de carácter sea impresionable á la novedad, y hacedle-cuidado con esto, hijos míos—hacedle que publique su profesión de fe homeopática, diciendo que convencido y desengañado de la farsa alopática, por las curaciones prontas, agradables y seguras que vió ejercer á la homeopatía, abjura los errores de la vieja escuela y penetra en la moderna, guiado del noble interés de ser útil á la humanidad doliente, y sin motivo ni objeto bastardo ó personal: lo cuarto, que procureis publicar todas vuestras curaciones por medio de los periódicos políticos y en los apertres ó sueltos de gaceta, para lo cual necesitáis halagar á los jóvenes redactores de tijera, y aun procuraréis convencerlos con unos globulillos de azúcar de leche para demostrarles cómo viene el espíritu á los jóvenes retacistas: lo quinto, procurareis siempre llevar las cuestiones médicas al terreno del vulgo, porque los médicos son vuestros enemigos, y haciendo juez de los colores á un ciego, os será fácil conseguir muchas alucinaciones, procurando captarlos en primer lugar la voluntad de las señoras, lo que os será fácil declamando en su presencia contra las sangrias, cataplasmas, y repugnantes bielos y sosteniendo que son eminentemente sensibles aun cuando tengan todas las notas contrarias: lo sexto, debéis publicar que no teméis la polémica, provocándola, y una vez dispuestas las huestes: retiraros con buen compas de piernas á vuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas, pero protestad que os injurian, que los paladines alópatas no comprenden la homeopatía, no calan el verdadero y genuino sentido de mis palabras, y esto, no lo dadeis, hará su efecto: lo séptimo, procurad empujaros, pero llevad carruaje, y cuando habéis al público, para convencerle de vuestra clientela, manifestad que vuestros caballos gustan mas herraduras en un mes, que los de los alópatas en un año, que esto debe decir siempre el herrador Centinela de la homeopatía, porque la clientela vulgar demuestra mucho, y aun cuando tengáis tantos enfermos como pelos la rana en el vientre, decid que no os dejan parar, que estais abrumados con enfermos: lo octavo, si es que vais á pie, procurad ir á paso largo como un trola-todos, y con aire distraído, no saludando á nadie y mucho menos, oído hijos míos, á esos pícaros alópatas aun cuando hayan sido vuestros compañeros y amigos, porque como os conocieron ciruelos, no querrán creer vuestras maravillosas curaciones: lo noveno, que cuando entreis en la casa del enfermo, tomeis un aspecto magestuoso, habéis con calma, os sentéis, os esperáis á escuchar bien, y notad sus dichos en un papel, sed minuciosos en el examen, y todo hecho, tosed, pedid un vaso con agua, sacad la cajita, tomad con los dos dedos pulgar é índice la botellita, y con las pinzas sacad el glóbulo, cuidado con el roce y encargad que no se tome mas que lo que disponéis: lo décimo, abrirois en vuestra casa un dispensario, ¡qué voz tan adecuada! esto es, os anunciareis en los periódicos, recibireis después de haberos pagado, nada de filantropía, bastante sufrí yo, aprovechado del tiempo, que si hacéis triguito cobrando alopáticamente (es únicamente donde admite el contrario contrario) es decirlo, por poca medicina mucho dinero en contraposición de aquel otro dicho de por poca dinero poco meneco. Cuidad tambien de cobrar doble, no cobreis por visitas, sino por asistencias, y si visitas quieren, que os las paguen, que de menos nos hizo Dios. Estos diez mandamientos se encierran en dos, á saber: *En servir y amar al prójimo por su dinero*, y en *denostar á los médicos alópatas, y perjudicar los intereses de los boticarios*, contra lo que espresamente disponen las leyes. Si tenéis, mis muy queridos discípulos, presentes estos preceptos, y si juraisme guardar secreto y no publicarlos, lograreis ejercer con lustre, con dignidad, nuestra noble ciencia, y el poder engañar á los demás engañados primero vosotros mismos.

Estas fueron las instrucciones recibidas de nuestro digno maestro, con mas una colilla que puede arder en un candil, héla aquí... «La responsabilidad facultativa, hijos míos, nace de las prescripciones: la sociedad no tiene otra garantía contra los abusos ó la ignorancia de un profesor que la receta, que formula... y nuestra ciencia es tan nueva, es tan estraña, es tan débil, y nuestro saber tan limitado, que no sería extraño un equívoco, un desengaño... ¡pobres hombres!... ellos, los boticarios nos achacarán sucesos debidos á su impericia: pues bien, escuchad el medio de eludir esa responsabilidad legal... llevando y preparando los medicamentos homeopáticos nosotros mismos; si sucede un lance ¿quién nos lo podrá achacar? ¿quien será capaz á probarnos que tal ó cual sustancia pudo producir una desgracia lamentable? ¡Ay! confió mucho, mucho, hijos míos, mucho en vuestra bondad, para aconsejaros este paso: porque sino... ¡qué horror!... con maldad pudiera, siguiéndose este precepto, extinguirse una multitud de hombres, y se podía

ocultar una logia envenenadora bajo los pliegues y el nombre de una ciencia augusta... ¡Oh! no, hijos míos, no socorred á la triste humanidad, pero huid la responsabilidad de las prescripciones; pues confío en vuestra lealtad, en el sacerdocio que ejercéis, y en los instintos benéficos del corazón humano, para dictaros este precepto, del que indudablemente no abusareis, porque nuestro norte debe ser la moralidad en el arte.»

LINTERNAZOS.



ALIMENTACION DE UN MÉDICO HOMEÓPATA.

Después que su arsia voraz ha dado fin del gran tazón de leche que acerca á su escudilla y civilino rostro, llama al mozo y le dice.

—Cuando acabe este tazón de lacteínnantes sopas, traiga usted sin dilación seis raciones de jamon y de cognac cuatro copas.

AZAR DE UN HOMEÓPATA. Hallábanse hace unos días dos amigos en la puerta del Sol conversando alogramente sobre máscaras y lances del carnaval, cuando vino á reunirseles un tercero. Al ver el aire macilento y triste que traía, le preguntaron sus alegres camaradas que si le habia sucedido alguna desgracia.

—A mí no precisamente, les contestó éste; pero vengo afectado por la muerte de una conocida mía víctima de la ignorancia de su marido.

—De qué género ha sido esa ignorancia?

—Del género homeopático que es el mas irracional de todos los géneros. Parece ser que un medicinal homeópata, esposo de la hija de un médico alópata de los mas acreditados, se empeñó en curar á su esposa, enferma de resultas de un parto trabajoso, con los ansitos de costumbre. El padre al ver el peligro inminente que amenazaba á su hija si no maba la gracia, le anunció seriamente para que le permitiera curarla por los medios racionales de la medicina; pero el esposo, cargando con toda la responsabilidad, tomó á su cuidado la curación de la desgraciada, y hace pocos minutos me acaban de decir que ha muerto.

—Eso es mas dramático de lo que parece. Y el padre?

—El padre lamenta la pérdida de su querida hija, y maldice la ignorancia de su yerno.

—Y qué dirá la gente, al verle por las calles con la gasa en el sombrero?

—Dirá que es la mejor bandera que puede onar-botar la homeopatía.

—Y cómo se llama ese imbécil?

—Su apellido es asonante do puchero.

—Tejero tal vez.

—Veo que tienes chispa, para los consonantes.

—Ese Tejero no es uno de los redactores del Centinela?

—Justamente.

—Pues como redacta tambien como cura, no hay duda que hará cosas grandes.

—Tiene una pluma bestial.

—Si lo creo. Y quien le ha metido á ese pobre diablo en camisa de once varos?

—Seguramente! Bastábale con sostener continuamente el enorme peso de sus narices, mas grandes que las de esa máscara que pasa delante de nosotros. Y aquí los tres amigos variaron de conversacion, dirigiéndose hacia el Prado.

Imp. á cargo de Manuel A. Gil, Estudios, 9.

(1) Véase Organon traduccion castellana de D. José Sobatlian Coll, pag. 511.